

LA IDEA DE PROGRESO EN BONÓ, TAN DESAFIANTE COMO ENTONCES*

Petronila Dotel Matos

1-Contexto histórico

La necesidad de progresar es consustancial a los seres humanos. De forma individual los sujetos luchan por alcanzar niveles de superación que los eleve, que los haga sentirse seguros y felices. Lo mismo ocurre en el ámbito social. Los pueblos aspiran al progreso. Las naciones se organizan y trabajan en pos de ese ideal. Ahora bien, de la forma en que los grupos humanos construyan sus relaciones, dependerá la definición y la afinación de sus metas e ideales. Si el proyecto de nación fuese claro, fuerte y articulador, resultaría factible enunciar y concretar con coherencia y consistencia las grandes metas colectivas. ¿Pero qué sucedería si ese sentimiento, idea o proyecto nacional resultase accidentado, turbulento, emboscado, muchas veces abortado, violentado, pateado y apenas concretado en sus expresiones más elementales? ¿Qué ideas y qué metas de progreso podrían concebirse en semejante contexto histórico?

* Ponencia presentada el 14 de octubre de 2006

Justamente, nuestro origen como nación se desarrolla a través de un largo y tumultuoso proceso marcado por las luchas encarnizadas y la confrontación sin pausas. Luchas y confrontaciones que no siempre tenían como protagonistas a las fuerzas nacionalistas contra las fuerzas que dominaron la isla, sino que lastimosamente también se daban entre grupos rivales dentro del mismo proyecto histórico nacional. Somos, en primer lugar, el resultado del encuentro violento entre grupos humanos que se caracterizaban por una convivencia pacífica con su medio, y una raza de tradición guerrera que, impulsada por una necesidad y un proyecto expansionista, llega hasta aquí por un azar de la historia. Los que llegaron se consideraron superiores. Avasallaron a los primeros pobladores, los exterminaron además. En segundo lugar, somos el resultado de otro encuentro étnico violento: La caza e importación de esclavos desde el África negra por parte del blanco conquistador, para usarlos como la mano de obra necesaria que habría de sustituir en el trabajo y en el látigo al aborígen exterminado.

El blanco español, a pesar de asumirse superior al indio, primero, y al negro después, hubo de mezclarse con ambos, aunque en mayor proporción con el negro, ya que fue tal la brutalidad con que actuó frente al taíno, que éste desapreció de forma asombrosa tanto por la celeridad del hecho, como por la totalidad del genocidio.

Ante la primera crisis, el blanco español quiso irse. El oro se agotó de la pequeña isla, pero reapareció en la tierra grande. Muchos se fueron. Los otros, de azúcar y contrabando vivieron. Pero volvió la crisis. La "Madre Patria" y su corona no pudieron comprar más azúcar. Tampoco permitieron que sus colonos entraran en libre comercio con holandeses, ingleses y franceses. Ni siquiera con sus vecinos de otras colonias.

Como respuesta, más por necesidad extrema que por rebeldía, los colonos practicaron el contrabando con los enemigos de la Corona. Hasta que en 1605 y 1606 La Corona responde devastadoramente, despoblando la zona de contrabando. Este hecho desencadenaría el primer atisbo de sentimiento de pertenencia

de los lugareños a la tierra de la que eran expulsados. Lo que conocemos como la "Rebelión de Guaba" o "Rebelión de Montoro" es quizás la primera estación del largo vía crucis hacia el forjamiento de la futura nación.

Tras las devastaciones, la más espantosa miseria se apoderó de la isla. A la miseria se le sumaron otros enemigos: ante la desolación reinante, piratas, bucaneros, filibusteros y corsarios intentaron apoderarse de las tierras despobladas y de las aún habitadas en aquel momento.

En este contexto encontraremos a los grupos humanos de la isla en lucha permanente para defender lo suyo. En medio de una realidad marcada por el monopolio, el abandono, la piratería, el contrabando y la pobreza más patética se van mezclando los dos grupos humanos prevalecientes en la isla: el blanco y el negro. Mezcla que sentó las bases étnicas y culturales para el surgimiento de un tercer grupo humano que resultaría decisivo en la articulación de la futura nación desde la perspectiva cultural. Hablamos del mulato. Pero allí mismo surge la génesis de un problema de identidad que nos persigue hasta hoy: el habitante de la parte Este se siente español, sobre todo el blanco nacido en la colonia, o el que ya llevaba tiempo de residencia en ella. En medio de esa nebulosa, la nación que no existe empieza sin embargo a forjarse. Empieza a dar sus primeros pasos. Pasos lentos, pero pasos que dejarían huellas.

Llegamos al siglo XVIII con una nueva conformación étnica. Una isla dividida en dos colonias. Una francesa, la otra española. La francesa rica, la española pobre. Al final del siglo XVIII, exactamente en 1795, la parte Este es cedida a Francia por medio del tratado de Basilea. Tras la firma de ese tratado toda la isla pasó a manos francesa. Ante la noticia, los grupos poderosos de la colonia española reaccionaron con sorpresa. Y ante la consumación del hecho, muchos optaron por irse a otras colonias.

Entramos al siglo XIX con una nueva dominación: la francesa, representada por Toussaint, luego por Ferrand. A grandes rasgos, en el contexto de la evolución de la nación dominicana, el siglo XIX se va a caracterizar por lo siguiente:

a) Es el siglo donde se acentúa la pérdida política del dominio español en la parte Este de la isla. Pérdida que tiene su antecedente en las llamadas Devastaciones de Osorio de 1605 y 1606, ya que las mismas posibilitaron la entrada de piratas y corsarios en la parte oeste, dando origen a la colonia Francesa de Saint Domingue. La firma del tratado de Basilea confirma lo anterior. Hasta Basilea, esa pérdida del dominio español en la parte Este de la isla se da por móviles de la propia Metrópolis. Es decir, esta pérdida es fruto de la debilidad de la España conquistadora. En el marco de este siglo se van a producir importantes movimientos internos que acentuarían la pérdida del dominio político de España en la parte Este de la isla.

La posición de Ciriaco Ramírez y los pequeños comerciantes del sur en la Junta de Bondillo constituye el embrión de la conciencia pro independentista. Una muestra de que ya la idea de nación ha germinado, aunque muy débil aún, en esta parte de la isla. Más adelante, la proclamación realizada por José Núñez de Cáceres en 1821, aunque efímera, resulta ser la manifestación más concreta hasta entonces de la presencia de un sentimiento anticolonial, y por ende, nacional, aún entre representantes directos de la Corona.

Con la ocupación haitiana de 1822, entra en escena un nuevo actor político que impone un nuevo matiz y un nuevo curso a la naciente idea de nación que empezaba cobrar vida. De repente, aquella concepción nacional que se iba construyendo en oposición a la metrópolis tiene que ser orientada contra un grupo también anti-metrópolis, y más aún, portador y ejecutor de la abolición de la esclavitud impuesta por las mismas potencias coloniales. Por lo tanto, la independencia liderada por Los Trinitarios expresa el más alto concepto de nación hasta el momento concebido por los dominicanos, pues no entraña solamente una clara expresión anti-colonial, sino contra toda manifestación de dominio extranjero, muy a pesar incluso de los grupos anexionistas que desde Juan Sánchez Ramírez venían coartando la firme evolución de la nación. Por consiguiente, es en la guerra restauradora cuando queda patentizado en su forma más genuina nuestro verdadero sueño de nación y de independencia. Lo dijo, con justa razón,

Don Eugenio María de Hostos: "la Guerra de la Restauración, es la verdadera guerra de independencia".

El triunfo de las ideas liberales en la guerra restauradora implicó no sólo el fin del dominio español en esta parte de la isla, sino también el inicio de un reordenamiento interno, caracterizado por la necesidad de crear un Estado moderno que con ideas de progreso desterrara el atraso histórico a que había sido sometida la población.

b) Las consecuencias de la desaparición de la esclavitud en el siglo XIX fueron enormes. Por un lado, asesta un duro golpe a los propietarios de ganado, quienes conformaban la clase dominante. Por otro lado trae consigo un nuevo sujeto social: el campesino.

"En ese contexto se produjo una reestructuración de los mecanismos de reproducción de la economía y la sociedad. Entre ellos, el principal radicó en la conexión directa con el mercado mundial basada en una clase de comerciantes provenientes de diversos países europeos, que ocupó la posición cimera en el ordenamiento económico. Pero se trató de un sector sumamente débil, carente de medios y de perspectivas para imponer una dirección de construcción nacional." (GONZÁLEZ, 2000: p. 11)

c) El siglo XIX es el siglo donde se inicia el crecimiento demográfico. Desde la llegada misma de los conquistadores hasta las devastaciones del siglo XVII, el proceso de despoblación de la isla se agudiza de manera alarmante. Según explica Roberto Cassá (1985: p. 108): "con toda probabilidad en la segunda mitad del siglo, la población normalmente no superaba las 10 mil personas". La Corona española tomó iniciativas de incentivo demográfico. Se fomenta la inmigración canaria. Esto no fue suficiente. La recuperación demográfica tendría mayor impulso durante el periodo de la dominación haitiana, y sería al final del siglo XIX cuando dicho proceso alcanzaría su curva máxima.

d) La parte Este se recupera del largo estancamiento económico a la cual fue sometida desde los inicios de la colonización, cuando se establecieron plantaciones modernas y en gran escala de azúcar, cacao y café (HOETINK, 1994: p. 72).

e) El pensamiento político dominicano se identifica con las ideas que abogan por el reordenamiento de la sociedad. No es casual que la independencia y la restauración de la República ocurrieran en este siglo. Las ideas de progreso y modernización encuentran un peldaño más elevado de profundización y propagación, tanto en el escenario local como en toda América y, por supuesto, Europa.

“Durante el siglo XIX tuvieron lugar dos procesos paralelos: por una parte, cierto número de países europeos se consolidaron como estados nacionales bien articulados en sus intereses económicos, instituciones políticas y patrones culturales dominantes, por la otra, surgió a la “vida moderna” en el continente americano, un puñado de frágiles, híbridas y contradictorias nacionalidades gestadas en el seno del dominio colonial de tres siglos de duración. Fruto de una dramática transculturación, estaban surgiendo “pueblos nuevos”. Este doble proceso influyó en la historiografía eurocéntrica para llamar al siglo XIX “el siglo de las naciones.” (MORALES, 2003: p. 67)

2-Contexto inmediato a la idea de progreso de Bonó.

Las últimas décadas del siglo XIX dominicano están marcadas por las huellas de grandes pensadores que como Pedro Francisco Bonó irradiaron luces en medio de una sociedad que se lanzaba hacia la consolidación de su independencia restaurada en 1865, pero que al mismo tiempo se ahogaba entre despotismo y luchas internas.

La sociedad dominicana de aquel entonces se haya polarizada en dos sectores fundamentales: los campesinos, quienes son la mayoría, y los sectores burgueses, representados básicamente por comerciantes. Ambos grupos con posturas políticas distintas, en razón de la posición que ocupaban en la estructura económica de la sociedad dominicana.

Otros elementos que caracterizan nuestro siglo XIX vienen dados “por la presencia del fenómeno regional, relaciones sociales y formas de solidaridad que operaban como mediadores y límites de la estructura social” (GONZÁLEZ, 2000: p. 42). Dicha estructura social se caracterizaba, además, por el predominio de la producción mercantil simple y la economía de subsistencia. Esta situación generó cierta complejidad en la configuración de la estructura clasista y del pensamiento de los diferentes grupos sociales. En ese sentido, la burguesía comercial y la pequeña burguesía urbana representaban el desarrollo nacional bajo los lineamientos capitalistas. Sólo que dicho capitalismo, tal como refiere Roberto Cassá en su libro “Capitalismo y Dictadura”, era dependiente y tendía a reproducir el precapitalismo, lo que implicaba un estancamiento del capitalismo industrial.

La sociedad dominicana de finales del siglo XIX estaba dominada en términos cuantitativos por campesinos con altos niveles de analfabetismo. Predominaba el caudillismo como estilo de dirección política. Era una sociedad incomunicada internamente, pues apenas existían pésimos caminos. No había carreteras. Tal como enunciara el propio Bonó, “el país parece que fue educado para el despotismo”. La cultura política imperante impedía pensar en el desarrollo a partir de las fuerzas internas.

En ese contexto, signado además por profundas diferencias sociales, importantes intelectuales abrazaron el liberalismo tratando de ser luz en medio de las tinieblas:

“Organizar, dirigir, educar a un pueblo entero que conquistó su derecho a la existencia independiente con las armas que aún empuñaba, era la tarea en la que estaban comprometidos los círculos pensantes de la sociedad.”
(Ibídem, p. 41)

La obra intelectual de Pedro Francisco Bonó se sitúa, pues, en este marco, revelándose como uno de los intelectuales más brillantes de la corriente liberal dominicana. Su posición es radical, revolucionaria. Su pensamiento rompe esquemas y paradigmas. Trasciende las ideas burguesas-liberales, colocándose

en un plano avanzado, al levantar la bandera de los pobres y desposeídos.

El progreso era la aspiración máxima de la época. Ahora bien, el contenido de este progreso venía dado por los intereses de los diferentes sujetos de la sociedad antes descrita. No tardaron en aflorar entre los intelectuales de la época múltiples teorías que trataban de explicar las causas del atraso que vivía la sociedad dominicana de entonces, instrumentando a partir de ello sus propuestas de desarrollo. Pero he aquí que la mayoría de estos intelectuales, aunque nacionalistas y preocupados por la consolidación y el progreso de la nación, tenían, sin embargo, como herramienta de análisis el pensamiento liberal europeo y como modelo de sociedad a la norteamericana.

Este prisma ideológico de nuestros intelectuales del siglo XIX les llevó a menudo a identificar al "pueblo ignorante" como la causa fundamental del atraso nacional, y a proponer modelos sociopolíticos que debían ser dirigidos exclusivamente por las élites ilustradas. Américo Lugo, una de las voces protagónicas del pensamiento de la época expresaba:

"No hay que forjarse ilusiones sobre el valer moral del pueblo dominicano (...) nuestra capacidad intelectual es casi nula. Una inmensa mayoría de ciudadanos que no saben leer ni escribir, para quienes no existen verdaderas necesidades, sino caprichos y pasiones; bárbaros, en fin, que no conocen más ley que el instinto, más derecho que la fuerza, más hogar que el rancho, más familia que la hembra del fandango, más escuela que la gallera." (1993: p. 93, tomo I)

Partiendo en general de esta interpretación, la mayoría de estos intelectuales de la época se vieron varados en una encrucijada ideológica. Coinciden en la necesidad de educar al pueblo, fomentar la industria, modernizar el Estado, crear obras de infraestructura, eliminar el caudillismo y el centralismo político; pero al mismo tiempo, en el círculo vicioso de sus propias teorías, les exaspera el pobre nivel cultural del pueblo, acusándolo de ser la razón primordial por la que no se puedan alcanzar dichas metas.

Estos intelectuales permanecen en inexplicable silencio ante la puesta en marcha de la política oficial del gobierno central, caracterizada por un modelo económico basado en el empuje de la industria azucarera y la inversión capitalista en el sector. Modelo que implicaba un proceso de proletarización masiva que más bien tendía a ahondar los niveles de miseria e ignorancia del pueblo. Es decir, dicho programa profundizaba más las propias condiciones que ellos enunciaban como causas entorpecedoras del anhelado progreso. Sólo Hostos, primero, y Bonó, después, tuvieron el valor de ser "voces que clamaron en el desierto" (BONÓ, 1980: 282).

2-La originalidad en la idea de progreso de Bonó.

Pedro Francisco Bonó fue un patriota y un nacionalista de acción. Participó en la revolución de Moca y fue uno de los comisionados para redactar la Constitución de estos liberales cibaños. Más adelante forma parte de los que participaron en la firma del Acta de Independencia cuando se instala el gobierno restaurador. Asumió la realidad de su tiempo desde las trincheras más avanzadas. Supo colocarse del lado de las ideas más justas y revolucionarias.

Desde muy joven Bonó demostró ser un conocedor de la idiosincrasia del pueblo dominicano, como revela su novela *El Montero*. En ella narra la cotidianidad, la vivencia, los anhelos, la bravura y las necesidades de aquellos hombres dedicados a la montería. Pero más que eso, y sobre todo, Pedro Francisco Bonó es un intelectual liberal. Su liberalismo, sin embargo, es diferente, es radical, es revolucionario, es original. Hasta Bonó, los intelectuales criollos entendían que todo proyecto de progreso debía partir y ser dirigido por las élites ilustradas y gobernantes, asignándoles poco o ningún papel a los trabajadores, a los campesinos, a los pobres, al pueblo, al cual además culpan del atraso de la nación, del desorden y de las constantes rebeliones. Bonó, sin negar la participación de las élites, introduce al pueblo como sujeto activo, participante, beneficiario por excelencia y actor decisivo de toda idea de progreso. Bonó no concibe el perfeccionamiento social y político sin la participación de los pobres, y mucho menos sin

que éstos reciban de forma directa y legítima los beneficios del mismo.

Ahora bien, plantear el progreso en función de los de abajo, de los oprimidos, era oponerse al proyecto de los sectores de poder. Pues las clases gobernantes fomentaban un avance basado en la gran propiedad, lo cual para Bonó iba en detrimento de las grandes mayorías, ya que implicaba la proletarianización del pequeño campesino. Bonó habló tan claro y categórico sobre este aspecto, que llegó a calificar de absurdo proclamar “el progreso” cuando se despojaba al agricultor de sus tierras: **“Yo no veo el progreso que se decanta y tanto se vocea, ni menos las razones que se dan para probarlo.”** (Ibídem, p. 277)

Tres preguntas claves de Bonó

Para fundamentar sus reflexiones acerca del concepto de progreso y sus críticas al proyecto de las clases dirigentes o “directoras” (como las llamaba), Bonó toma como herramienta de análisis tres preguntas claves que se formula a sí mismo: **¿El progreso está en la organización del trabajo?, ¿está en la instrucción pública?, ¿está en las buenas costumbres?** Veamos cómo responde a estas cuestiones.

En primer lugar, se responde que “no hay tal progreso en la organización del trabajo” porque:

- a) Los campesinos del Cibao no tienen caminos para sacar sus productos al mercado. No tienen créditos, ni métodos científicos, ni escuelas donde aprenderlos, ni consideración alguna.
- b) En el Este del país “el monopolio destruyó los conucos y sus anexos de ganado menor” (Ibídem, p. 281).
- c) “Todos los productos manufacturados, todos los objetos para el uso común de la vida (...) son producidos por extranjeros” (Ibídem, p. 283)

El segundo lugar, al responder la pregunta **¿está el progreso en la instrucción pública?**, refiriéndose obviamente al tipo de

enseñanza implementada hasta entonces por las clases directoras, Bonó expresa que ésta no ha producido verdaderos profesionales, sino más pretendientes para los puestos públicos. Critica que la instrucción no esté...

“...generalizada ni en vías de generalizarse, porque ni está distribuida con equidad ni en armonía con lo que se puede pedir y se debe otorgar. Los agricultores y ganaderos, que son los que por completo pagan las escuelas, los que más necesitan y de cuya instrucción el Estado sacaría por el momento más provecho, carecen en general de escuelas primarias gratuitas” (Ibídem, 291)

Es obvio que Bonó concibe la educación como un instrumento para el mejoramiento social, pero entiende que esta debe ser democrática en cuanto al acceso generalizado, acceso que debe incluir a “la bella mitad del género humano” (la mujer), llegar a todos con equidad, y además formar profesionales pensantes y no sólo con habilidades para los puestos públicos. Afirma:

“Por su forma y fondo, la instrucción pública hasta ahora no ha producido verdaderos trabajadores (...) sólo pretendientes cada día más numerosos a los empleos públicos; jóvenes sin carrera, sin disciplina para el trabajo largo y concienzudo, habilitados imperfectamente para las carreras científicas...” (Ibídem, p. 291-292)

Su crítica abarca por tanto toda la concepción de la educación pública de su época, desde sus estructuras y alcances hasta el contenido programático, proponiendo de paso su propio enfoque de una educación creadora de progreso, elevadora del patriotismo, del trabajo, de la caridad y los hábitos de economía. Para lograrla era necesario **“establecer escuelas primarias y escuelas profesionales para guiar, facilitar y mejorar este trabajo, haciendo la enseñanza libre sin trabas ni restricciones, y retribuyendo bien a los maestros”** (Ibídem, p. 73)

En tercer lugar, al responder la pregunta sobre las costumbres imperantes, Bonó afirma que éstas están orientadas hacia el fo-

mento del juego y la vagancia. Con mezcla de gran pesar e ironía describe una ley especial, “la de mejor observancia y más cumplida ejecución”, que ordena a los ayuntamientos, “a los patriotas ayuntamientos”, poner con regularidad cada año una casa de juego de azar en cada ciudad, pueblo y sección rural de la República: **“Para que nadie ignore el sitio, posición y lugar de dicho garito, se pregona a tambor batiente y a cartel abierto (...) para más solemnidad se subasta en plena sala capitular”** (Ibídem, p. 293).

Aquí advertimos una gran preocupación en Bonó por una actividad degradante de las costumbres y generadora de vicios como la vagancia y la corrupción. Se refiere específicamente a las galleras, las que califica como “escuelas públicas del juego y de la vagancia, puestas al alcance de todas las clases y cuidadosamente metodizadas, organizadas y vigiladas por la legislación, reglamentos y autoridades” (Ibídem).

Al propio tiempo, Bonó arremete contra otra costumbre no menos ignominiosa, la de concebir el progreso y la felicidad del pueblo a partir del **“aumento de sus importaciones y exportaciones obtenidas a todo trance, aunque sea atropellando la justicia y la moral”** (Ibídem, p. 294). Idea fomentada, según él, desde la fundación de la República, y de cuya difusión acusa a las “clases directoras”, quienes también se mostraban incapaces de concebir la buenaventura de la nación sin recurrir al auxilio de las potencias:

“Ayer fue a la Metrópolis española, hoy al extranjero capitalista (...) No hay confianza en el desarrollo nacional, a partir de nuestras propias fuerzas (...) Esto ha creado pereza en el actuar y en el pensar” (Ibídem, p.)

3-Características del progreso según Bonó.

Para Bonó el progreso no es pedir. Es trabajar. El progreso ha de verse en función del bienestar de todos, no de que unos pocos se beneficien, sino de que todos reciban los beneficios del mismo. Para acentuar este concepto, refiere que mientras exista corrupción no se puede hablar de progreso. La corrupción crea desconfianza

e inestabilidad. La corrupción es, dice, **“la causa primigenia, única, sola, de todos nuestros males”** (Ibídem, p. 301).

Podemos advertir una clara perspectiva clasista en la idea de Bonó, toda vez que su concepción de progreso está pensada desde las necesidades de las clases trabajadoras, a las cuales ve como ejemplo a imitar, ya que según sus propias palabras **“... prácticamente por su sólo esfuerzo sostienen a la nación”** (Ibídem, p. 210).

Equidad, justicia, participación y educación de las clases trabajadoras son los verdaderos indicadores de bienestar y desarrollo para Bonó. Sostiene que el progreso se logra en sociedades que nacen bajo el ideal del trabajo **“enérgico y sostenido”**; y a seguidas plantea que la base de todo trabajo constante, sostenido y esperanzado estriba en la propiedad, que no basta, pues se requiere ante todo que **“...la República tenga estabilidad”**. En ese mismo tenor, aboga por la **“unidad”** y **“homogeneidad”**, para lograr el impulso social transformador. La idea de progreso de Bonó es una defensa a las clases trabajadoras, de las mayorías desposeídas. Es una crítica y al mismo tiempo una propuesta, un llamado a la transformación real de la sociedad, que pide a gritos un nuevo orden que garantice la felicidad de todos.

Aunque es partidario de la inversión de capitales, advierte que ésta solamente sería beneficioso para el país si concurrieran ciertas condiciones:

“...si el capital mejor aconsejado se decidiera a hacer concesiones, a reintegrar hasta cierto punto a los trabajadores hasta cierto punto a los trabajadores en la situación que antes tenían; a hacerlos si no socios, a lo menos participantes en cierto grado de los proventos que recauden; a convenir con la equidad que requieren todos los contratos humanos, sobre todo en aquellos que se desea obtener una cooperación enérgica y eficaz en trabajos rudos como son los del campo...” (Ibídem, p. 282)

Al insistir en que las verdaderas bases de la felicidad de la nación son el trabajo y la educación, Bonó agrega también la

construcción de caminos, la obra de infraestructura necesaria más importante en aquella sociedad rural, agrícola. Los caminos permitirían el acarreo de los frutos del trabajo del campesino y fomentarían el intercambio comercial entre los pueblos, lo cual redundaría en un mejoramiento colectivo de las condiciones materiales de existencia.

Siempre guiado por su original concepción del progreso, Bonó reflexionó profundamente sobre todo aquello que asegurara la vida del trabajador y de sus familiares. Para él, el trabajador debía sentirse seguro en su trabajo. Debía ser bien remunerado, “para que desempeñe bien su trabajo”. Insistió en crear leyes que “aseguren el fruto del trabajo” a quienes trabajan. Reclamaba respetar al trabajador y retribuirle la riqueza que produce, ya sea en seguridad para su persona e instrucción para sus hijos, ya sea en importación de mejores semillas o en medios para transportar sus productos, o bien en otros tipos de mejoras. Pues si no es así, comentaba, nunca habrá riqueza ni bienestar en el país. Citamos:

“Lo que constituye la fuerza de una nación, es la riqueza; lo que constituye su felicidad, es la libertad. La libertad y la riqueza son las ruedas sobre la que marcha la civilización...y nadie ignora que la riqueza se hace: por medio de buenas leyes que aseguren el fruto del trabajo, por medio de la educación, que haga más perfecto el trabajo...” (Ibídem, p. 96)

Un progreso con identidad propia

Bonó reconoce que el país posee excelentes condiciones para convertirse en “una República activa, influyente y dominadora”. Destaca que tenemos todos los elementos naturales para ello, y que además nuestra posición geográfica es muy favorable. Lo que hace falta es ponerse a trabajar en función de las necesidades reales que en cada momento demanda la sociedad dominicana. En su visión encontramos una propuesta y al mismo tiempo una crítica, una alternativa, a lo que la clase gobernante asume y fomenta como progreso. Entiende que la clase gobernante está mal utilizando lo que pregonan “las grandes naciones civilizadas” (las cuales están “repletas de población, capitales, ciencia, ex-

perencia, actividad y demás accesorios necesarios...”), tratando infructuosamente de poner en práctica los avances de la ciencia experimental en una sociedad que no cuenta con los recursos requeridos para ello. Es claro que para él no se trata de imitar fórmulas, de seguir a ciegas lo que han hecho y logrado las grandes y civilizadas naciones. De lo que se trata es de obtener una mejora paulatina, acorde a nuestra propia realidad, necesidad e intereses. Al respecto plantea:

“Yo desconfío mucho de las ideas en boga cuando son teorías sacadas por analogías de otros países; porque aunque sea verdad que hay leyes económicas universales, no sucede lo mismo con respecto a las producciones directas de la tierra.” (Ibidem, 164)

A fin de honrar este convencimiento suyo, casi siempre que hace una propuesta, Bonó suele acompañarla de un estudio de la realidad histórica. Con frecuencia recurre al análisis del pasado para entender la realidad presente, con lo cual demuestra su apego a crear o proponer soluciones originales, no pensadas a imagen y semejanza de los otros, sino en función de la verdadera realidad del país. Es oportuno recordar aquí lo que les sugiriera en una ocasión a los legisladores de la República:

“Ya que nuestros legisladores tratan de realizar el arduo, difícil e ímprobo trabajo de la codificación dominicana, nos ha parecido bueno, aunque seguramente ellos mejor que nosotros lo conocen, presentarles algunas noticias históricas, pues sabido es que la historia de los pueblos es lo único que hace comprender los motivos de su legislación. Y al decir historia, no la comprendemos como comúnmente se escribe, porque entonces ningún dato de lo que necesitamos podríamos recoger, y sólo tendríamos relaciones de batallas, encuentros y miserias de los pueblos, sazoadas con la historia de uno o dos hombres. Cuando decimos historia, queremos significar aquella que hace conocer las costumbres, adelantos o atrasos de una nación...” (Ibidem, p. 80-81)

Está visto que Bonó cree profundamente en las capacidades de la nación para construir el anhelado destino que su privilegiada composición socio-cultural promete. De ahí su insistencia en que nos miremos en los espejos de la propia historia, mas no esa que es simple cronología de hechos, sino aquella que permite interpretarnos y conocernos mejor como pueblo y como nación. Ya que teniendo claro lo que hemos sido, lo que hemos sufrido y lo que somos mediante el conocimiento exacto de nuestra sociedad del presente, "nuestras investigaciones no pueden salirse del campo que conduce a los medios más convenientes para quitar los obstáculos que estorban su progreso" (Ibídem, p. 220).

El progreso fundamentado en la paz.

Bonó propone:

"hay que fundar la paz como la base más segura de nuestra prosperidad, pero no la paz pagada a peso de oro que es vergonzosa y corruptora; no la paz de los sepulcros que es estéril, es sin esperanzas. La Nación necesita la paz fecunda de la vida que los pueblos afirman más y mejor con la libertad (...) no será durable si no se asienta en las bases inquebrantables que en todos los tiempos y en todas las naciones se ha asentado; es decir: en la felicidad general que imprime en el espíritu de los ciudadanos el convencimiento íntimo de que gozan de todos los bienes relativos que a su gobierno le es dable proporcionarles. El buscar, hallar y dar los elementos de esta felicidad es la misión del Gobierno, es el problema que tiene que resolver cada día, cada hora. Pero este trabajo que a él solo está atribuido en las monarquías puras, en los países democráticos está repartido entre él y el pueblo..." (Ibídem, p. 276-277)

De esta idea de Bonó se desprenden valores y principios interesantísimos. Lo primero es su idea de que la paz está muy estrechamente ligada al hecho de que el ciudadano se sienta seguro de gozar de sus derechos; al hecho de que el ciudadano sienta la seguridad de que recibirá del gobierno los beneficios que en justicia le corresponde. Lo segundo es que el pueblo y el ciudadano

en particular no estén a la simple espera. Deben participar en la gestión del gobierno, porque en el marco de una sociedad democrática esa lucha por la felicidad es compartida entre el gobierno y el pueblo. Asume al pueblo como gestor de su propio progreso, no como aquel que solo recibe sin hacer nada a cambio. Sin embargo, reconoce que aún perdura en el pueblo la idea de pedirlo todo al gobierno y que dicha práctica:

“es un rezago de nuestro largo e imbécil coloniaje, una carga que mal que nos pese, debemos conllevar largo tiempo, pero contra la cual, nuestro buen sentido de nación libre, pide a gritos que reunamos todas nuestras fuerzas para sacudirlas de nuestros cansados hombros.” (Ibídem, p.)

El progreso o la felicidad se logrará con el esfuerzo de todos, partiendo de lo que tenemos, sin pedirlo al extranjero, sin mal interpretarlo, ni confundirlo con frases pomposas y sonoras tales como: “el progreso se impone, el mundo marcha, el combate por la vida”. Considera que son palabras huecas pronunciadas para hacer ruido y ocultar los “lamentos de los infelices aplastados” (Ibídem, p. 414).

Según refiere el historiador Raymundo González en un ensayo publicado en Isla Abierta el primero de julio de 1995, para Bonó el bienestar de la nación tiene que enfocarse a partir de una perspectiva humanista, que logre insertar a la República Dominicana en la civilización moderna,

“lo que para él suponía no la cegadora ideología del progreso que con tanta facilidad hacía tabla rasa de los logros que costaron largos esfuerzos a los hombres y a las mujeres del pueblo dominicano, sino un nuevo concepto y una nueva realidad del desarrollo socioeconómico y político dominicano, donde se incluyese plenamente a las clases populares”

Conclusión

Más allá de los inequívocos rasgos de originalidad del pensamiento de Bonó sobre el camino de desarrollo que debía seguir la República, lo cual le sitúa en una dimensión particular con respecto a los pensadores de su época, quizás lo que más nos sorprende es la actualidad de sus ideas. Salvando las obvias diferencias de los momentos históricos, al releerlo a menudo nos encontramos con un discurso tan vigente que parecería que asistiéramos a una de las muchas discusiones que generan hoy los tan controvertidos modernos proyectos de desarrollo y el ideario que los impulsa. Y es que, al asumir el progreso desde la perspectiva de las clases trabajadoras, distanciándose de las corrientes del pensamiento de su época, Bonó crea escuela, sienta precedente de originalidad y de personalidad intelectual propia.

Cien años después de la muerte de Bonó son innegables los avances alcanzados por la sociedad dominicana, sobre todo en lo referente a dos de sus preocupaciones fundamentales: la universalización y profesionalización de la educación y la construcción de infraestructura para el desarrollo, aquella que él nombraba entonces como la necesidad de construir caminos. Sin embargo, quizás la más radical de sus ideas sigue siendo una utopía.

¿Qué tan satisfecho podría estar nuestro pensador si aún viviera y observara los niveles de calidad de vida alcanzados por los trabajadores dominicanos el día de hoy? Para satisfacer esta curiosidad, bastaría recordar que la redistribución de la riqueza nacional en función de las necesidades del trabajador es una de las ideas fundamentales de su pensamiento. Es por ejemplo extraordinario, al retomar su obra, hallarlo reclamando una adecuada y justa “remuneración para los maestros”, a su juicio condición indispensable para lograr la mejora social. Es casi como si leyéramos una nota del diario de esta mañana.

Puesto que para Bonó los indicadores del progreso son “equidad, justicia, participación y educación de las clases trabajadoras”, probablemente lo hallaríamos hoy enfrentado a muchos de los proyectos de desarrollo de nuestra “moderna” sociedad, que

hoy como ayer siguen ignorando y afectando negativamente los intereses de las mayorías en beneficio de particulares grupos de inversionistas locales y extranjeros. No estaría muy satisfecho de ver cómo, sin negar el imprescindible intercambio comercial con otras naciones del mundo, nuestro modelo económico sigue erigiéndose en función de patrones ajenos a nuestra propia historia. Es decir, seguimos importando ideas. Aún no confiamos lo suficiente en nuestras propias potencialidades, que era por lo que abogaba Bonó.

Pero no se trata ahora de emitir lamentos y hacernos autoflagelaciones teóricas ante las distancias que nos separan de esta original idea de progreso planteada por el "intelectual de los pobres", como certeramente lo llama el historiador Raymundo González. Bien al contrario, debe ser ocasión para la alegría, para la celebración y, sobre todo, para la relectura de un intelectual de su talla. Se me ocurre que Bonó debería ser uno de los pensadores dominicanos más estudiados en nuestras escuelas, pero en especial entre nuestros dirigentes políticos, religiosos, gremiales, populares y hasta empresariales. Se me ocurre que este evento debería ser una jornada de dimensiones nacionales que nos llene a todos de tan fecundo ideal y que nos inspire construir ese progreso que él propone, y que ha de hacernos una nación más fuerte, más rica, más libre, más feliz... más dominicana.

Bibliografía

BONÓ, PEDRO FRANCISCO (1980), *Papeles de Pedro F. Bonó –Para la historia de las ideas políticas en Santo Domingo*, Barcelona, Academia Dominicana de la Historia.

CASSÁ, ROBERTO (1985), *Historia Social y Económica de la República Dominicana*, tomo I, Santo Domingo, Alfa y Omega.

GONZÁLEZ, RAYMUNDO (2000), “Pensamiento de Bonó. Nación y Clases Trabajadoras” en *Política, Identidad y Pensamiento Social en la República Dominicana*, Siglos XIX y XX, Madrid / Santo Domingo, Doce Calles / Academia de Ciencias de la República Dominicana.

GONZÁLEZ, RAYMUNDO (1995), “Congreso Extraparlamentario de Bonó”, Isla Abierta, Periódico Hoy, 1/6/1995.

HOETINK, HARRY (1994), *Santo Domingo y El Caribe: ensayos sobre cultura y sociedad*, Santo Domingo, Fundación Cultural Dominicana.

LUGO, AMÉRICO (1993), “A punto largo”, en *Américo Lugo: Obras Escogidas*, tomo I, Santo Domingo, Editora Corripio.

MORALES, SALVADOR E. (2003), *José Martí, vida, tiempo, ideas*, México, Sociedad Cultural Miguel Hidalgo A. C., Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo y el Centro de Estudios Martianos de Cuba.